

Ecos de la “Reforma Universitaria” en Venezuela

Ricardo Alberto Rivas

Aclaración

En octubre de 1996 visité la Universidad de Los Andes invitado por colegas de esa institución, con quienes mantuve varias conversaciones de carácter científico acerca de las corrientes historiográficas de nuestros respectivos países, resultando un proyecto de investigación sobre percepciones recíprocas acerca de diversos temas como Independencia, caudillismo, federalismo, democracia, etc., incluyendo la cuestión de la Democracia y la Reforma Universitaria, cuyas semejanzas en los respectivos países no pueden ocultar los matices que en cada caso imponen las realidades nacionales.

En la actualidad ciertas tendencias de política universitaria son bastante homogéneas en ambos países y en general en América Latina, tales como la adecuación a criterios semejantes en promoción incentivada a la investigación, legislación que limita la autonomía, arancelamiento de los estudios de grado, normas de gestión universitaria según *standard* internacionales, convenios de cooperación con organismos financieros internacionales, pautas normalizadas de evaluación institucional, de calidad de la enseñanza y de la investigación, etc.

Una mirada hacia el pasado encontrará algunas propuestas superadoras que también coincidían en varios países latinoamericanos, pero observará diferencias en cuanto a quiénes son los promotores de entonces y de ahora.

En efecto, cuestiones como democracia, cambio social e imperialismo eran temas comunes en América Latina en los años de entreguerras, siendo las aulas universitarias lugares propicios para el debate. Estos temas y otros más específicos como autonomía, gratuidad, participación estudiantil, parecían bastante difundidos en el continente, respondiendo en general a líneas programáticas de la Reforma Universitaria. La diferencia estriba en que mientras en aquel entonces esa Reforma expresaba “el nuevo espíritu” que inundaba las aulas con iniciativas superadoras, en el caso actual son los técnicos del Banco Mundial y los asesores ministeriales los que homogeneizan las propuestas de reforma o mejor dicho, *contrarreforma*.

Recientemente se debatía un anteproyecto de Ley que con alrededor de 200 artículos limita en gran medida la real autonomía universitaria, de manera sorprendentemente similar a como lo hace la Ley en la Argentina, con sus 89 artículos. También en Venezuela se proyecta habilitar a las Universidades para el cobro de aranceles, se establece la obligatoriedad de la evaluación institucional, se crean los Consejos Regionales de Educación Superior, se reemplaza el Consejo de Universidades por el Consejo Nacional de Educación Superior y otras iniciativas que también se están incorporando a otras universidades latinoamericanas.

Ateniéndome a la investigación de marras, cuyo presupuesto es la visión del otro desde perspectivas historiográficas anteriores a 1940, me pareció adecuado ubicar el objeto de análisis en la década del veinte, período en que la Reforma Universitaria en la Argentina culminaba su primer impulso nacido en 1918 y en Venezuela se iniciaba una etapa cuyos protagonistas pertenecían a la llamada Generación del 28, autoconsiderada artífice de una inflexión histórica que marca la inicial gestación de la democracia moderna venezolana.

Contenido del movimiento universitario de entreguerras

En gran parte de América Latina los ecos de la Revolución Mexicana y de la Revolución Rusa se hacían oír integrándose a demandas sociales de diverso tipo, tales como las referidas a la participación política.

Mediante movimientos reivindicatorios la creciente clase media latinoamericana pugnaba por una mayor integración, alcanzando algún éxito inicial en países como Argentina, Uruguay y Chile, cuya aspiración parecía ser el horizonte democrático alcanzado por Irigoyen, Alessandri y Batlle y Ordóñez, entre otros casos.

La democratización universitaria era parte de ese horizonte, adquiriendo la autonomía universitaria y la participación estudiantil un contenido de particular significación, incluso más allá de América Latina.

En efecto, muchos años antes de su aprobación en nuestro país, la autonomía académica era reclamada desde dentro y fuera de instituciones universitarias en diversas partes del mundo, demanda estrechamente asociada a la ampliación de la participación democrática.

Así por ejemplo, la aparente apertura política y las reformas introducidas por algunos funcionarios rusos luego de los levantamientos de 1905 expresaba limitadas respuestas a demandas obreras, campesinas y de la clase media, incluyendo en este caso una relativa autonomía académica para las universidades. Al ser ésta retaceada, se produjo tres años después el lanzamiento de una importante huelga estudiantil por la defensa de la autonomía en la Universidad de Petersburgo.

Por su lado, los liberales españoles de las últimas décadas del siglo pasado, mucho de ellos influenciados por el pensador alemán Wolfgang Krause, tenían gran receptividad en sectores contestarios universitarios que sustentaron principios de autonomía y que participaron en 1876 en la creación de *La Institución Libre de Enseñanza* que funcionó de manera autónoma hasta la Guerra Civil.

La influencia del krausismo en América Latina se advierte en el Batllismo y en el Irigoyenismo, dos corrientes políticas cuyos gobiernos atendieron diligentemente la cuestión universitaria. En 1908 se dictó en Uruguay la Ley por la cual se organizó la Universidad de la República, con participación estudiantil en los consejos de Facultad y diez años después, el gobierno de Irigoyen aprobaba una Ley aún más avanzada para el funcionamiento de la Universidad argentina.

No sólo el krausismo, ese peculiar positivismo finisecular difundido en la Universidad de Madrid influía en el pensamiento político y universitario latinoamericano; desde una perspectiva antipositivista también la obra de José Ortega y Gasset era de lectura muy difundida durante el período de entreguerras.

Precisamente, el movimiento estudiantil tenía un componente antipositivista que lo hacía permeable a reflexiones humanistas que en el contexto latinoamericano se reiteraba en México, Uruguay, Argentina, Venezuela, pero no constituía una reacción ideológica homogénea que lograra generalizar influencias conceptuales, al punto que ni todos los intelectuales de filiación positivista fueron hostiles al movimiento universitario de la época, ni el antipositivismo conformaba una reacción generalizada en el movimiento universitario.

Si bien algunos contemporáneos del movimiento estudiantil hacían hincapié desde esa perspectiva, no estaban ausentes algunas situaciones coyunturales de conflicto, además de confrontaciones ideológicas. En efecto, en el caso de la Universidad Nacional de La Plata, por ejemplo, constituía una lógica reacción a la resistencia al cambio ofrecida por una institución creada precisamente al calor de la influencia positivista; en Venezuela, el movimiento estudiantil enfrentaba a una intelectualidad de matriz positivista que había sostenido al gomecismo. En todos lados, los *intelectuales orgánicos* de los llamados Estados Oligárquicos en mayor o menor grado eran positivistas y en consecuencia, una propuesta alternativa a ese Estado, aún desde el más tibio reformismo, no podía compartir totalmente el mismo cuerpo de ideas. Esto explica la actitud manifiestamente antipositivista de la oposición a Juan Vicente Gómez que no pretendía cambiar de caudillo sino de sistema, tal como comenzaba a plantearse al inicio de la década del treinta.

En efecto, entre las últimas décadas del siglo XIX y 1935, cuando se produjo la muerte de Gómez, Venezuela había logrado su modernización contando con una intelectualidad brillante que diseñó reformas liberales sin democratizar el sistema político. Ahora, el movimiento estudiantil venezolano de la década del veinte sería el génesis

de una nueva propuesta modernizadora de la Venezuela petrolera, reclamando lo que el gomecismo negaba en términos políticos: libertad y democracia.

Siendo las aulas universitarias un lugar de peculiar concentración social, los hijos de la clase media combinaban allí su doble condición de jóvenes y estudiantes en la estructuración de una demanda democrática, pese a que la sustentación ideológica que esgrimían fuera poco homogénea.

La Universidad Central de Venezuela, reabierta en 1922 luego de estar varios años clausurada, no era ciertamente una Universidad de masas. Asistía a ella algún retoño de las clases acomodadas que por alguna razón no había optado por estudiar en Europa y los hijos de esa pequeña pero ascendente clase media; en total, menos de quinientos jóvenes cursaban sus estudios en ese año 1928 cuando se produjeron los sucesos de la Semana del Estudiante.

Su fuerza, no obstante, no residía en su número sino en que representaban una clase social que comenzaba a plantear una nueva forma de ejercicio del poder mediante la participación democrática y que iniciaba ese reclamo pequeño-burgués desde una posición mesiánica, tal como lo señalaban los mismos protagonistas.

Si bien en toda Latinoamérica el movimiento estudiantil mantuvo alguna simpatía con otros sectores postergados de la sociedad en general y en particular con la clase obrera, sosteniendo una expectante “alianza obrero-estudiantil”, su contenido social y su perspectiva política no trasvasaban los propios intereses de clase, ni eran contradictorios con los mismos.

El uso de la boina azul entre los estudiantes de Caracas tenía un significado pretendidamente antiburgués, pero en ese sentido abundaron más los símbolos que el contenido real del movimiento, por lo menos a la luz de los hechos posteriores. Incluso la interpretación multivalente del uso de boinas demuestra la multitud de ideologías convergentes, ya que para unos era en homenaje a Unamuno, para otros en solidaridad con una reciente huelga en la región vasca, no faltando la menos comprometida de las valoraciones, al ser vinculada con antepasados de

Bolívar que supuestamente habrían sido usuarios de boinas semejantes. Rómulo Betancourt entre tanto, diría que era una manera contestataria de diferenciarse de quienes usaban el más tradicional sombrero, versión muy probable, ya que su uso emblemático podía ser funcional a esa forma de identidad asumida por el movimiento estudiantil a nivel continental como era el de pertenecer a una Nueva Generación y en el caso de Venezuela, a la Generación del 28.

Desde la izquierda no se ha refutado el contenido pequeño burgués de este movimiento, pero se ha cuestionado su exclusividad, tal como lo demostraría la participación de trabajadores, sea por el apoyo expreso a los sucesos provocados por los estudiantes, como por huelgas propias que promovieron de manera simultánea.

“Los ideólogos de la pequeña burguesía han tratado de apoderarse de la tradición de lucha de las jornadas de febrero de 1928, como si hubiesen sido una manifestación exclusiva de las capas medias” (Vitale s/f:145).

También en el caso del movimiento reformista argentino de 1918 se reclama por el reconocimiento de una participación social más amplia, en particular de la clase obrera. Al respecto, Bernardo Kleiner, dirigente estudiantil comunista argentino de la primera mitad de la década del 60', decía disentir con Tulio Halperin Donghi, “quien desconoce el apoyo extrauniversitario al movimiento del 18”, afirmando por el contrario:

“El movimiento de la Reforma Universitaria iniciado en Córdoba, fue apoyado por los sectores más esclarecidos de la clase obrera y del pueblo”. (Kleiner 1964:17).

La hipótesis sobre la participación de todo el pueblo en el movimiento estudiantil y la existencia de un ingrediente ideológico afín a la clase obrera revolucionaria se basa en la adhesión que produjo, así como en la participación de la izquierda y aunque ambos datos son reales, su interpretación puede ser engañosa en relación al contenido del movimiento universitario.

La adhesión al movimiento se percibe en ambos países desde una perspectiva que aunque no es excluyente, tiene un inocultable sesgo

pequeño-burgués; en Venezuela se trataba de una demanda democrática insatisfecha que afectaba una sociedad que lentamente se transformaba al ritmo de la expansión petrolera y en la Argentina, constituía parte de un proceso democratizador iniciado con la Ley Electoral de 1912, plasmado en el triunfo del radicalismo en 1916 y complementado con la Reforma Universitaria. Por su parte, los acontecimientos de la época, incluyendo los ecos de la Reforma, se hacían oír también en Caracas, tal como lo recuerda Rómulo Betancourt:

“En alguna revista leíamos, brillándonos los ojos juveniles con la emoción de quien se asoma a mundo inédito, las noticias de las luchas universitarias de Córdoba, de las manifestaciones callejeras de Lima, de los enérgicos inicios de la batalla que libraría Cuba contra el “machadato”. “Y fue bajo el influjo de esa inquietud insurgente que conmovía a las juventudes americanas como resolvimos organizar la Semana del Estudiante”. (Betancourt 1956:88).

En cuanto a la izquierda, ésta tenía en ese momento poco desarrollo en ambos países, siendo notoriamente incipiente en Venezuela, y aunque muchos de los jóvenes protagonistas en esos movimientos fueron referentes de los partidos que se conformaron bajo la influencia de la Revolución Rusa, otros lo fueron de los partidos políticos reformistas.

La participación de los estudiantes de la Generación del 28 junto a los comunistas duró poco; ocho meses después de los sucesos de Caracas, Salvador de la Plaza, uno de sus referentes más conocidos, publicaba en el periódico *Libertad* un editorial que titulaba “Los estudiantes venezolanos y la revolución”, donde impugnaba al movimiento estudiantil por su contenido burgués, en términos muy similares a los vertidos por la izquierda argentina en los comienzos de la década del treinta.

En definitiva, aunque muchos de los integrantes de la Generación del 28 participaron junto a referentes de las primeras organizaciones de la izquierda venezolana, como eran Salvador de la Plaza, Gustavo Machado, Pío Tamayo, el núcleo central de aquel movimiento se alejó

de ellos hacia otras opciones ideológicas como el aprismo primero y luego hacia la socialdemocracia.

Este parece ser el camino recorrido por la principal de esas opciones, el Partido Acción Democrática creado en 1941, culminación de ensayos políticos anteriores como Agrupación Revolucionaria de Izquierada-ARDI (1931), Organización Venezolana-ORVE y en el mismo año (1936) el Partido Democrático Nacional donde volvieron a coincidir con comunistas y otras filiaciones ideológicas que se apartan al poco tiempo, siendo esta estructura política el antecedente más inmediato de Acción Democrática, que se constituye en 1941.

Varios protagonistas del movimiento estudiantil del 28 tentaron nuevas experiencias enrolándose en alguna de las tradicionales revueltas, pero al fracasar tuvieron la oportunidad histórica de encauzarse en la lucha política. Esta tentación no fue privativa de los estudiantes venezolanos, también en la Argentina parte de la dirigencia fue utilizada en el Golpe de Estado de 1930 y luego por los opositores al régimen, pero a diferencia de este caso, en Venezuela optaron por generar alternativas, deslindando ideologías al crear los nuevos partidos políticos alcanzando así la postergada modernización de Venezuela.

La Generación del 28 y la Autonomía Universitaria

El Gobierno de Juan Vicente Gómez levantaba una valla a las pretensiones democratizantes de la clase media, siendo los jóvenes estudiantes de Caracas —la autodenominada Generación del '28— los que expresaron cabalmente esas demandas y la voluntad de arrasar con ella, alentados por experiencias latinoamericanas que creían afines, tales como el de la Reforma Universitaria Argentina.

En la Argentina el estudiantado registra antecedentes de lucha por reivindicaciones propias mucho antes de crearse la Federación Universitaria Argentina en 1918, siendo bastante conocido como antecedente la llamada *crisis universitaria de 1871* y el “Movimiento 13 de diciembre” creado como reacción estudiantil ante el suicidio de un

alumno de Derecho que había resultado reprobado, planteándose demandas programáticas de carácter reformista, tales como autonomía y gratuidad de la enseñanza.

En Venezuela, al margen de algunas anécdotas aisladas, las primeras manifestaciones estudiantiles tuvieron lugar en 1914 ante la clausura de la Asociación General de Estudiantes de Venezuela creada pocos años antes y reconstruida en 1927 como Federación de Estudiantes de Venezuela

Siendo Presidente de la Federación Raúl Leoni, a comienzos de 1928 se organiza la Semana del Estudiante, en conmemoración a la resistencia que un grupo de seminaristas opuso a las tropas realistas en la Guerra de Independencia, con la finalidad de recoger fondos con destino a fundar una Casa del Estudiante.

La elección de la Reina de los Estudiantes, algunos discursos de ocasión, otros de contenido contestario y un número considerable de jóvenes movilizados en las calles de Caracas dieron motivo a Gómez para iniciar la represión.

Lograda la libertad en pocos días, luego de agitadas manifestaciones que sorprendían al gomecismo por el origen social de los revoltosos, los intentos de sumarse luego a una sublevación palaciega, la cárcel para unos y el exilio para otros foguearon el inicio de esta “nueva generación”, retoños de una dirigencia de nuevo cuño.

Entre estos jóvenes veinteañeros varios se destacaron en las dos actividades que consideraron de mayor estima: la producción literaria y la actividad política. Junto a muchos otros, entre los primeros puede citarse a Miguel Otero Silva, autor de novelas como *Fiebre* en la cual desde la cárcel narra los acontecimientos del 28 y a Joaquín Gabaldón Márquez, autor de *La lucha de las generaciones en 1928*, escrito en aquel año y exhumado tres décadas después. Entre los políticos la lista es también numerosa, dos presidentes de la nación tuvieron participación destacada. Uno, Raúl Leoni, el ya mencionado Presidente de la Federación de Estudiantes de Venezuela; otro, sin duda el de mayor impacto dentro de la historia política venezolana, Rómulo Betancourt, autor de numerosos panfletos y artículos periodísticos en

aquellos años y otros posteriores, así como de *Venezuela. Política y petróleo*, su obra más conocida, publicada en 1956.

La situaciones políticas en Argentina y Venezuela diferían notablemente y en consecuencia también el contenido programático de cada movimiento estudiantil, pese a ser ambos receptivos a corrientes similares del pensamiento.

Esas diferencias son esencialmente verificables si se las compara sincrónicamente, pero en el transcurso del tiempo se aproximan notablemente, una vez resueltas las prioridades que inciden en esas diferencias. Un ejemplo de esto es la cuestión de la autonomía universitaria como consigna de lucha estudiantil, que mientras en la década del veinte es asunto esencial en el caso argentino, lo es mucho menos en el venezolano.

La autonomía universitaria en la Argentina recorrió un camino sinuoso desde su explícita inclusión en la Ley de 1918 hasta la actualidad, siendo suprimida en distintos momentos de la vida institucional argentina, tanto en el marco de las instituciones democráticas, como fue la sanción de la Ley de 1947; de gobiernos de facto, como el iniciado por Carlos Onganía; o en la peculiar situación de la actual ley, vigente desde 1995.

Algo similar ocurrió en Venezuela, pero inicialmente ambos contextos diferían notablemente, pues la situación del movimiento estudiantil venezolano durante los Gobiernos dominados por Juan Vicente Gómez entre 1908 y 1935 no sólo la democracia estaba ausente, sino que la propia política en sentido estricto, estaba por construirse y es precisamente la llamada Generación del 28, la que funda la política moderna venezolana.

La lucha contra el gomecismo incluía necesariamente la lucha contra toda continuidad de esa manera de ejercicio del poder que se les antojaba *caudillista*, pues se trataba de implantar “una democracia decente, distinta de esta democracia a ultranza de hoy”, tal como Rómulo Betancourt y Miguel Otero Silva afirmaron en el célebre panfleto *En las huellas de la pezuña*, publicado en 1929.

Consecuentemente, la autonomía universitaria no constituía una prioridad en las demandas programáticas de aquellos jóvenes, ni

resultaba mínimamente viable en las condiciones existentes en aquel entonces, siendo aprobada mucho después en condiciones políticas más favorables, consignada por la Junta de Gobierno Provisional de 1946 y establecida en la Ley de Educación Nacional promulgada al año siguiente.

Los gobiernos de fuerza que se sucedieron luego de 1948 y culminaron con la dictadura de Marcos Pérez Jiménez terminaron con esa autonomía, pero ahora constituía una demanda democrática específica para el movimiento estudiantil venezolano. La lucha por la autonomía fue parte de las luchas políticas hasta el derrocamiento de Pérez Jiménez, sancionándose en 1958 una nueva Ley Universitaria que la restituyó.

Esta generación se sentía protagonista de un nuevo momento histórico, en el cual debía cumplir una misión salvadora y generadora a la vez de la nueva Venezuela, actitud mesiánica compartida por muchos de ellos que se reconocían seguidores de José Ortega y Gasset.

El pensador español brindaba en las páginas de *El tema de nuestro tiempo* buenos argumentos a sus jóvenes lectores que encontraban allí la mejor respuesta a una vocación mesiánica que creían le pertenecía a su propia Generación, como lo indicaran Julio V. González en la Argentina o Joaquín Gabaldón Márquez en Venezuela.

En gran medida, estas lecturas resultaban funcionales a una cierta reacción antipositivista que, como ya se dijo, era común al movimiento universitario latinoamericano, pero Ortega y Gasset no pudo impedir que se le hicieran fuertes críticas a muchas de sus apreciaciones en ambos países, no siendo ajeno a esto el sesgo reaccionario adoptado por el pensador español en la década del treinta.

Como lo ha indicado Manuel Caballero, la Generación del 28 no fue llamada así por la posteridad, sino que sus mismos integrantes se denominaron así. En enero de 1928, es decir un mes antes de los sucesos estudiantiles, Joaquín Gabaldón Márquez escribió “Lucha de las generaciones en 1928” que como ya se mencionó guardó sin publicar hasta 1958. En este artículo describía a su generación como una de las inflexiones de la historia venezolana, con conceptos que textualmente

tomaba de la obra de Ortega y Gasset, repitiéndolos dos años más tarde en el “Enlace de las generaciones”, su *Discurso de Incorporación a la Academia Nacional de la Historia*:

“Aquel grupo juvenil llegaba a la frágil palestra de nuestra historia social movido por tendencias que, si bien se diseñaron apenas vagamente en los primeros momentos, parece como que estaban llamadas a hacerse cada vez más definidas y vigorosas, hasta poder calificarse, a la larga de portadores de la nueva sensibilidad vital, que ya hemos nombrado, tomándola de labios de Ortega y Gasset. (...) Una nueva sensibilidad vital, y con ella, una generación nueva, había aparecido en el escenario de la historia de nuestro país.” (Gabaldón Márquez 1960:189).

La autonomía universitaria constituyó una reivindicación académica que estuvo en general vinculada a otras de carácter político, tal como la ampliación de la participación democrática y que tuvo una particular significación en el contexto de la época, tal como sucedió en América Latina en las primeras décadas del siglo.

Constituía, de esta manera, una propuesta programática avanzada dentro de una demanda más abarcadora como era el de la ampliación democrática en general, siendo de sustanciación más temprana en países como la Argentina y de manera más tardía en otros como Venezuela.

En la Argentina, el movimiento universitario se desarrolla en el marco del proceso de democratización del sistema político, por lo cual la autonomía, el cogobierno y la periodización de las cátedras constituye un componente de ese proceso más abarcador, en parte ya alcanzado, en cuyo contexto la existencia de partidos políticos modernos hacía viable una confrontación ideológica relativamente madura .

En Caracas, la juventud universitaria recibía los ecos de la Reforma pero los asimilaba en clave venezolana, según las prioridades del momento histórico. Las demandas de la pequeña burguesía encajaban perfectamente en el “espíritu de la época” y no resulta nada casual que la dirigencia de la moderna democracia venezolana y buena parte de sus intelectuales más funcionales hayan estado directa o indirectamente vinculados a lo que se llamó la Generación del 28.

Se ha enfatizado dentro del análisis, el carácter democrático pequeño-burgués del movimiento estudiantil venezolano cuya eclosión en 1928 tenía como continente ese “espíritu nuevo” que recorría América Latina, en particular sus aulas universitarias. Aún compartiendo ese “espíritu” con sus congéneres latinoamericanos, los estudiantes venezolanos dieron a su movimiento un carácter particular, considerándose a sí mismos la generación predestinada a construir en Venezuela lo que llamaron una “democracia decente”, en rigor una simple democracia política.



Caricatura de “MEDO” (Mariano Medina Febres) aludiendo a la suspensión del periódico La Voz del Estudiante en 1937. Fue publicada en el periódico Ahora el 09-06-1937 en su primera página. Tomada de: Mariano Medina Febres, 1936 MEDO 1939. Caricaturas de Lucha, Caracas, Centauro/Sucesión Dr. Mariano Medina Febres (MEDO), 1991; p. 148.

Notas y Bibliohemerografía

AAVV. 1959. *La Reforma Universitaria 1918-1958*. Federación Universitaria Argentina. Buenos Aires.

AAVV. 1992. *Política y economía en Venezuela 1910-1991*. Fundación John Boulton. Segunda edición actualizada. Caracas (Primera edición 1976).

Betancourt, Rómulo. 1967. *Venezuela. Política y petróleo*. Editorial Senderos. 2da ed. Caracas (Primera edición 1956).

Biagini, Hugo E. 1992. *Historia ideológica y poder social*. 3 vol. Biblioteca Política Argentina 373, 374 y 375. Centro Editor de América Latina. Buenos Aires.

Bracho, Jorge. 1995. *El positivismo y la enseñanza de la historia en Venezuela*. Fondo Editorial Trpykos. Caracas.

Caballero, Manuel. 1993. *Gómez, el tirano liberal*. Monte Avila Editores. Caracas.
1995. “La generación del 28 y la modernización en Venezuela”. En *Revista Venezolana de Ciencia Política*. Universidad de Los Andes. Nueva etapa. N° 10. mayo-agosto, pp. 153-157.

Caldelari, María y Funes, Patricia. 1997. *Escenas reformistas. La Reforma Universitaria 1918-1930*. Universidad de Buenos Aires.

Carpio Castillo, Rubén. 1971. *Acción Democrática 1941-1971. Bosquejo histórico de un partido*. Ediciones República. Caracas.

Escovar Salom, Ramón. 1975. *Evolución Política de Venezuela*. Monte Avila Editores. Caracas.

Gabaldón Márquez, Joaquín, 1960. “El enlace de las generaciones”. Discurso de incorporación a la Academia Nacional de la Historia. (Fragmento). Caracas. En Carrera Damas, Germán (Selección, introducción e índices). *Historia de la historiografía venezolana. (Textos para su estudio)*.

Kleiner, Bernardo. 1964. *20 años de movimiento estudiantil reformista. 1943-1963*. Editorial Platina. Buenos Aires.

Lenin, Vladimir Ilich. 1959. “El movimiento estudiantil y la situación política actual”. En *Obras Completas*. Editorial Cartago. Buenos Aires, pp. 202-207.

Lombardi, John V. 1985. *Venezuela. La búsqueda del orden. El sueño del progreso*. Editorial Crítica. Barcelona (Primera edición en inglés 1982).

Llorca, Bernardino, S.J. 1942. *Manual de Historia Eclesiástica*. Editorial Labor, (Primera edición).

Magallanes, Manuel Vicente. 1997. *Los partidos políticos en la evolución histórica venezolana*. Monte Avila Editores. Caracas.

Mariátegui, José Carlos. 1969. *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Biblioteca Amauta. 7 ma. edición. Lima (Primera edición, 1928).

Márquez Rodríguez, Alexis. 1960. *Presente y futuro de la educación en Venezuela*. Editorial Sursun. Caracas.

Mendes Catani, Afranio (Org). 1997. *Políticas de Educacao Superior na América Latina no Limimnar do Século XXI*. Congreso Internacional. Coordinadora Geral: Maria Do Desterro Valgueiro Diniz. Recife.

Picón Salas, Mariano. 1976. *Comprensión de Venezuela*. Monte Avila Editores. Caracas (Prinera edición, 1949).

Pla, Alberto J. 1996. *La Internacional Comunista y América Latina. Sindicatos y política en Venezuela (1924-1950)*. Homo Sapiens Ediciones. Rosario.

Rama, Carlos M. 1976. *La crisis española del siglo XX*. Fondo de Cultura Económica. 3ra edición. Madrid (Primera edición, 1960).

Sosa Abascal, Arturo. 1984. “La evolución de las ideas políticas originantes del proyecto político de Acción Democrática 1928-1941”. En *Primer Congreso del pensamiento político latinoamericano*. 29 de junio al 2 de julio de 1983. Ediciones del

Bicentenario del Natalicio del Libertador Simón Bolívar. Congreso de la República, Caracas, Tomo II, Volumen VII, pp. 401-457.

Moleiro, Moisés. 1978. *El Partido del Pueblo. Crónica de un fraude*. Vadell Hnos Editores. Valencia-Venezuela.

Vitale, Luis. (s/f). *Los precursores de la liberación nacional y social en América Latina*. Ediciones al Frente. Capital Federal.

Wember, Gregorio. 1986. “El universo de la educación como sistema de ideas”. En Leopoldo Zea-*América Latina en sus ideas*. Siglo XXI. México, pp. 432-445.

Caricatura de “MEDO” (Mariano Medina Febres) ironizando sobre la declaración del Ejecutivo Federal de ...“mantener en toda su cabalidad el derecho de libertad de expresión del pensamiento”... Fue publicada en la primera página del periódico *Ahora* el 15-06-1937. (Tomada de: Mariano Medina Febres [“MEDO”], 1936 *MEDO* 1939. *Caricaturas de Lucha*, Caracas, Centauro / Sucesión Dr. Mariano Medina Febres (MEDO), 1991; p. 149).

Ricardo Alberto Rivas

Historiador argentino. Fue profesor de Historia de América en la Escuela de Historia de la Universidad de Los Andes. Actualmente es profesor de la Universidad de La Plata en Argentina. En el N° 6 (enero-junio, 1998) de *Presente y Pasado. Revista de Historia* publicó el artículo “Identidad e integración en América”.

Resumen

En este artículo el autor establece las relaciones, comparaciones y diferencias entre las luchas estudiantiles que se protagonizaron en la Universidad de Caracas y las universidades argentinas en el período que abarca del fin de la Primera a la Segunda Guerra Mundial. Este análisis deriva de la similitud que, en 1996 cuando el autor visitó la Universidad de Los Andes, podía señalarse en las políticas de reforma universitaria impulsadas en los países latinoamericanos.

Palabras Clave: Universidades latinoamericanas, Universidades argentinas, Universidades venezolanas, Reformas,

Abstract

The author, who was a 1996 professor at the Universidad de Los Andes (U.L.A. Mérida-Venezuela) analyses the claim for Universities policies reform through the Latin American countries. He makes a comparative research focusing on the relationship between the students protest looking for such reforms at the Caracas public University (U.C.V.) in 1996 and the ones at Argentina during the period between the two World Wars.

Key Words: Latin American Universities. Argentinan Universities. Venezuelan Universities. Reforms. Democracy and Universities.